

La extranjera

Damaris Calderón

Tus cartas terminaban siempre: «A ti que estás en un país extraño y lejano». Cuando todavía podías escribir, cuando tu mano aún era tu mano (un látigo) y no un manojo de nervios, un temblor.

La primera navidad fue también la última, reunidos bajo el árbol que ya no veías, apiñados como hojas.

Salí al patio a limpiar las hojas. (Tú escuchabas el rumor). Dijiste que no era necesario, que la maleza volvería a inundar la casa. Pero yo me aferré a ese gesto inútil. Te veía avanzar dibujo de Ensor, calavera de Guadalupe Posada. Estuve años con la plantilla de tu pie en el bolsillo para los zapatos fúnebres. *Pero en la muerte no hay grandes pies ni zapatos.*

En la manera de negarte la tierra, soy tu hija.

Soy ahora el lejano y extraño país.